

«Pornografía»

El amor verdadero

El escritor madrileño (y valenciano de adopción) Manuel Arranz debuta en la novela con el íntimo relato de un idilio sentimental

JUAN MARQUÉS

«ESCRIBIR algo tan íntimo, tan personal, que al escribirlo uno piense: esto sólo puedo haberlo escrito para mí, pues sin duda soy el único lector capaz de comprender todo lo que encierran estas palabras. Ésta es la única forma de ganar lectores, de llegar hasta ellos»: este magnífico aforismo que Manuel Arranz publicó en su primer libro («Con las palabras», Valencia, Pre-Textos, 1992) puede ayudar a entender en parte el espíritu con el que ha escrito y acaba de publicar su primera novela, «Pornografía», subrayando que el autor dice «íntimo», lo cual tiene en general muy poco que ver con lo autobiográfico: es la tremenda y a veces desesperante diferencia que hay entre lo que ocurre dentro de nosotros y lo que nos pasa en el mundo, los accidentes o incoherencias que se producen entre nuestra personalidad o nuestros principios o nuestra imaginación y nuestro día a día. Así, no

hay ningún motivo para pensar que Arranz ha escrito sobre su experiencia, pero no hay duda de que ha escrito un libro extremadamente íntimo, y de ahí su título, que en buena medida es irónico, pues se refiere a la crudeza con la que se consignan sentimientos muy privados, al relativo impudor a la hora de abrirse en canal y dejar desnudos los miedos y los anhelos, y no a concretas confidencias sexuales, que apenas se reducen a dos apuntes casi marginales.

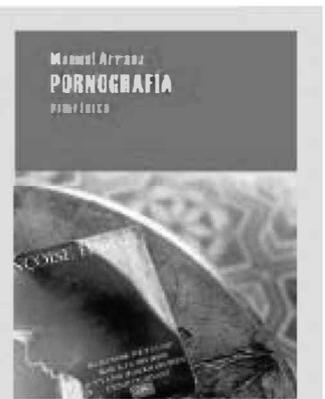
Pero mi aforismo favorito de aquel debut del escritor y traductor madrileño, residente en Valencia desde hace décadas, es el que dice que «Muchas veces hay más voluntad en la pasividad que en la acción», algo que parece verse complementado en la última página de «Pornografía», que en buena medida da un giro inesperado a la novela, a la vez que contribuye a ex-

El título se refiere irónicamente al impudor y la crudeza con la que se consignan sentimientos muy privados

plicarla. Se diría que cuando uno se afana o se esfuerza demasiado en un amor corre el peligro de arruinarlo, que comprometerse o entregarse en exceso es una mala estrategia, aunque quien ama difícilmente puede evitarla, por mucho que sea consciente de estar dirigiéndose a un callejón sin salida. Quien se lanza al amor sin salvavidas puede llegar a convertirse en el peor enemigo de sí mismo («los celos son lo único racional que hay en el amor», llega a decir el narrador de esta novela, supongo que resignado ya a su inminente pérdida), lo cual no quiere decir que ese destino, aunque doloroso, sea menos envidiable que el del que se deja amar sin perder la razón, sin jugarse el tipo, con una cautela que en el fondo, más que indiferencia, es cobardía.

Por otra parte, llama la atención que todo lo que en cualquier otra evocación de una historia amorosa sería esencial (cómo se conocieron, cuándo y dónde convivieron, por qué se separaron...) en esta brevísima novela es irrelevante o, por lo menos, no nos es revelado. Creo que esta novela da una vuelta de tuerca al fragmentarismo y habría que hablar más bien

►►



Pornografía

Manuel Arranz
Editorial Periférica
224 páginas
11 euros

—no tanto por su extensión como por su espíritu— de una «novela mínima», pues lleva al extremo la voluntad de insinuación, de dejar anotadas pequeñas impresiones, sucesos, desencuentros, detalles, que, siendo muy pequeños, muy delicados, bastan para reconstruir una historia suficiente, bien que con la ayuda activa del lector. «Menos es más», sin duda, y sin embargo, en tan poquitas páginas, a Arranz le da tiempo a que aparezcan personajes secundarios (Blanca-nieves...), esbozar o evocar significativas historias paralelas, lanzar aforismos que podrían haber figurado hace veinte años en su primer libro, citar a otros autores o, como si fuera un estribillo, lamentarse continuamente de que eso que estamos leyendo no es exactamente lo que su autor (o el autor implícito) quería contar: «una historia sencilla, un idilio» que sin embargo sí estamos recibiendo e imaginando poco a poco.

Y si bien hay un par de fragmentos que tal vez responde demasiado a un sentido casi supersticioso de la cotidianidad (esa lista de la compra en págs. 30-31 o, sobre todo, la receta para hacer magdalenas en pág. 24, por mucho pedigrí literario que tenga ese famoso bollo...) «Pornografía» es una «nouvelle» que sabe sortear el peligro de la levedad excesiva, algo que casi nunca consiguen determinados autores contemporáneos de ese género, como Amélie Nothomb, Grégoire Bouillier, Valérie Mréjen o el especialmente sobrealorado Jean Echenoz, que rara vez superan lo anecdótico. No así Pascal Quignard, muy aludido y citado en «Pornografía», que siempre ofrece belleza y poesía a quien lo lee. Si Quignard (junto a «Así que usted comprenderá» de Claudio Magris) era el modelo reconocido para Arranz, entonces su experimento ha sido un éxito y, como escribió en «Con las palabras», «la poesía o es revelación o no es nada».



Manuel Arranz (Madrid, 1950) trabaja en Valencia como traductor y crítico literario

ABC